

## Poesía y memoria: el feraz juego falaz del azogue en los espejos

José Ángel García

Saludos, muy buenos días a todos...La verdad es que no me acordaba, pero cuando ayer, en la jornada inaugural de este Congreso – gracias, José Luis, por volver a retomar la iniciativa, gracias a la Diputación, Santiago, Marta, Jesús... por su mecenazgo – cuando ayer, repito, abría el volumen que recoge las comunicaciones de las dos anteriores citas y, vanidoso que es uno, tiré a buscar antes que nada la que en la primera de ellas, la del 98, tuve la suerte de poder colar y comencé a leerla, me saltó de inmediato a la cara un comienzo – su comienzo – que, miren por dónde, me venía pero que como anillo al dedo para, también, principiar la que para hoy había ya preparado. Un comienzo, por otra parte, absolutamente robado a ese gran narrador que es Luis Mateo Díez, del que con todo descaro copiaba en aquella ocasión las que a su vez fueran las frases iniciales de su conferencia diez años antes (1988 por tanto) en el curso de unas Jornadas Literarias celebradas en la capital de nuestra región, en Toledo. Con total desfachatez – aunque dejando claro el hurto, qué menos – usaba sus palabras en vez de la mías para expresar el camino que había tomado para preparar aquel mi texto. Pues bien, como uno – y cada vez estoy más convencido de ello – no hace las más de las veces otra cosa que repetirse, constataba ayer que, aunque no fuera consciente de ello, también al pergeñar el que hoy traigo bajo el brazo, había discurrido por similar camino al de entonces y, por tanto, volvían a venirme que ni pintiparadas las frases del autor de *La ruina del cielo* para introducir las mías. Y como no tengo vergüenza, así lo hago. Decía Luis Mateo Díez: *No sé si el camino que voy a elegir (...) no resultará un poco oblicuo, amoldado de forma acaso evidente al territorio de la reflexión personal que se suscita sobre la propia obra pero ustedes saben que los creadores (...podemos) permitirnos licencias que los estudiosos no pueden o no deben, en ocasiones como ésta.* Dando de lado tan sólo el epíteto de creador que evidentemente a él le se le ajusta como un guante y a mí probablemente me viene grande, valgan sus palabras como si fueran mías, como explicación del modo y manera en que he acometido el encargo de los organizadores del encuentro. Un encargo cuyo resultado son las líneas que a continuación voy a leerles y que me he permitido encabezar con otra cita de otro escritor, aunque en este caso de otro ámbito geográfico y otra tradición literaria:

*Juguemos a que existe alguna manera de atravesar el espejo  
(Alicia a través del espejo. Lewis Carroll)*

Seguro que prácticamente todos recordamos la escena: estamos en el interior de un salón y es, muy probablemente, invierno, porque se oye el golpear de la nieve en los cristales de las ventanas. Claro que no importa porque en la chimenea arde, alegre, el fuego, proporcionando a la estancia un ambiente cálido y acogedor más que propicio para que la gata Dina atuse a su cachorro blanco, aunque ello signifique despreocuparse de su hermanillo negro que por ahí anda tomando por propicia pelota de juego el ovillo de lana que la pizpireta-marisabidilla de Alicia – sí, ésa, esa Alicia, la Alicia del pastor Dodgson, la Alicia de Lewis Carroll - andaba intentando devanar, ella misma ovillada, acurrucada, entre dormida y despierta, en la gran butacona de la estancia. Una tarea, eso sí, que bien pronto va a abandonar para, tras haber reconvenido al minino por haber sumado así su ya tercera falta en la jornada, y tras haberle propuesto que adopte el rol de de la Reina roja, verse atraída por la idea - nada extraña por otra parte para quien ya deambuló a sus anchas por el País de las

Maravillas – por la idea, digo, de poder traspasar el gran espejo que cuelga precisamente encima del hogar que caldea la estancia... *Juguemos a que existe alguna manera de atravesar el espejo* dice Alicia y ... y, bien lo saben ustedes, dicho y hecho: ya tenemos a la chiquilla pasando de través, como el que lava, la bruñida azogada superficie cual si fuera mera niebla para, un instante después, encontrarse ya al otro lado dispuesta a un nuevo y sin duda extraordinario viaje. Pues bien: ¿qué les parece si, a semejanza suya, también nosotros, hoy y aquí, jugamos - abordando el que en principio es el tema de esta mi intervención en el Congreso mucho más desde el lado de la “literaturidad”, y perdonenme el palabro, que desde el de la literalidad, - que les parece, repito, si, a semejanza de la Alicia carrolliana, jugamos también, en lo que dure este acotado rato de esta mañana de sábado, a ser capaces de atravesar el espejo para llegar, no al preciso saltar de ajedrezada casilla en casilla que para su joven heroína planea el literato matemático inglés, sino para adentrarnos en, por usar la imagen agustiniana, *los campos y vastas salas de la memoria* que, por cierto, ¿por qué no imaginármolas cual palaciegos salones y, por tanto, y arrimo ya descaradamente el ascua de mi discurso a la sardina de su título - revestidos de espejos? *Los campos y vastas salas de la memoria*, prosigo con la cita, *donde se encuentran los tesoros de las innumerables imágenes* – imágenes, ¡eh!, ojo al propio tropo del filósofo – *que los sentidos han recogido de las cosas de la más diversa índole*. Yo les invito a ello, a que lo hagamos así y, acogidos a - otra vez nos salta a la cara el término – a la digamos literaria, digamos poética, imagen de la memoria como - en gracia a su naturaleza y condición de archivo de imágenes - espejo de espejos, discurremos los siguientes minutos adelante y detrás, a derecha e izquierda, ora por esta bifurcación, ora por aquélla, de su laberinto de mercuriales lunas y - acogidos si les parece al propio afán viajero de la deidad mensajera y volatriz que da nombre al material que les otorga su reflectante condición – y, hurtándole el cuerpo al miedo que advertencias como la de Guillermo Cabrera Infante - *la memoria es otro laberinto en que se entra y a veces no se sale* – pudieran imbuirnos, en ellas y por ellas, y echándole al paso el ojo a sus repetidas imágenes reflejadas, enfrentadas, esquinadas, aquí más o menos fieles, allá más o menos deformadas, acometamos periplo por el dedálico mapa de sus corredores hasta darnos de frente - o de costado, qué más da - con otro toma y daca de también, díganme de qué si no, de imágenes y contraimágenes que se llevan y se traen entre sí memoria y tiempo, memoria y creatividad, memoria y palabra, memoria y escritura, memoria y literatura, memoria y poesía...

Ya, ya sé que podrían de inmediato echarme en cara – y por eso me curaba en salud poniéndome la venda antes de la pedrada, ¿se acuerdan? al principio con aquellas frases de Luis Mateo Díez – podrían, itero, echarme en cara la poca – a lo mejor no tanto, pero bueno, dejémoslo, que no vengo con afán de polémica – seriedad científica de mi propuesta, pero ya les dije que me iba a dejar ir más por los terrenos del digo yo literario que por los de la pura y estricta corrección ensayística, quizá atraído por ese aire de ser-no ser, de ambigüedad y ambivalencia que caracteriza a... efectivamente, los espejos que, además, tienen tras sí una dorada y amplia tradición literaria. Al fin y al cabo los espejos han jugado, y seguro que seguirán jugando, papel fundamental en el **imaginario** – otra vez nos salta, y como siempre cuando menos se la espera, la liebre de la imagen - en el imaginario, repito, humano, desde la mitología al propio hacer literario: o la imagen en ellos reflejada se identifica con el alma de quien en él se mira o miró, o son considerados como ventanas al mundo de los espíritus, o como oráculo o herramienta de consulta con el más allá, o como sumidero del horror, el vicio o la maldad, o como pozo de los más profundos deseos del ser en él reflejado.... Por tanto, y, dado que de literatura y desde la literatura hablo y vengo hablando, déjenme que utilice los ardides que a ella y a cuantos, mejor o peor, la practicamos nos son propios para, dejando que el sentido común, que tampoco hay que perderlo del todo, le guíe la mano la imaginación (aunque quizá no tanto como Alicia obligara al lápiz del Rey blanco a escribir lo que ella quería y no lo que él en

principio deseaba) utilicemos esos sus caminos, pequeños demiurgos que intentamos escribir recto con renglones torcidos, más propios a veces, eso sí - los ardidés, digo - dejémoslo claro, ya que de espejos íbamos, de superficies deformantes que de correctas y ortodoxas lunas planas.

Imágenes, espejos, poesía, memoria... Refirámonos, para empezar, a la memoria, esa *máquina del tiempo*, por volver a citar al autor de "Tres tristes tigres"; esa... asombrosa facultad que nos permite retener pasadas experiencias y, por tanto, nos permitirá, a posteriori, recordarlas, es decir recuperarlas..., según y cómo, eso sí. Dando de lado, que ya dejé claro que no iba a transitar hoy por tales derroteros, tanto su descripción científica como "la función cerebral resultado de conexiones sinápticas entre neuronas mediante las que podemos precisamente retener esas experiencias pasadas posibilitando la creación de los recuerdos cuando esas células integradas en circuito refuerzan la intensidad de las sinapsis", cuanto su correlativa clasificación en memoria a corto plazo y memoria a largo plazo, planteémonos, desde la literatura, desde el propio hacer literario, qué otra cosa es la memoria sino el espejo en el que quedaron en un determinado momento reflejados nuestros actos, nuestros sentimientos nuestro acontecer en suma (ojo, no él, sino su imagen enantiomórfica, la izquierda a la derecha) y por tanto, como escribiera - de nuevo recurro a él - San Agustín, *los tesoros de las innumerables imágenes que mis sentidos han recogido de las cosas de la más diversa índole*, a su vez reflejados, juego de juegos el juego, por los propios lenguaje, conceptos y modos de entendimiento de nuestra cultura y momento. Un espejo, suma y compendio de espejos, tanto de cuerpo entero cual de bolsillo y tanto planos cuanto cóncavos o convexos; tanto íntegros y fieles como de mala factura o, incluso, rotos o deteriorados y, por tanto, productores de imágenes deformadas, falaces o incompletas. Eso sí, un espejo, un espejo de espejos, cuyas imágenes tan sólo recuperamos ocasionalmente y casi siempre de forma involuntaria – *la memoria nunca es obediente*, en frase de Sergio Chejfec – y, además, de una manera parcial y fragmentaria, a modo de incompleto mosaico de cualquier arqueológico yacimiento, a través de ese otro espejo de experiencias e imaginarios comunes e individuales que es la conciencia que, como bien sabemos, y ya dijera también el filósofo de Hipona, *cambia los hechos memorizados y está, además, siempre expuesta al olvido*, Lethe y Mnemosyne perpetuamente de la mano, pareja inseparable, que tanto se constituye el hombre de olvido cual de recuerdo: *ambos en él se complementan, negándose el primero si el segundo desaparece*. Un olvido (luego pienso volver a hablar de él) que, paradójicamente – también él espejo, en este caso de ausencias y vacíos, de contenidos no alcanzables o rechazados – forma parte del global más teselado tapiz de imágenes conformándolo y mutándolo antes de que, en nuevo juego de espejo frente a espejo frente a espejo, la palabra (memoria a su vez de la lengua y en la lengua) entre en liza de la mano de la imaginación, a la que también pienso volver a referirme más adelante.

Fijémonos ahora, de momento, en la palabra... Ya está ahí nuestra arma de trabajo. Aprovechemos su irrupción - sin óbice de volver después a perdernos por otros derroteros que, al fin y al cabo, recuérdelo, por un laberinto, siquiera sea de espejos, andamos - para adentrarnos ahora en los predios de la escritura, la literatura y la poesía, terrenos en los que tan palmariamente se hace la aseveración de la profesora, de la historiadora, Mercedes Vilanova cuando - a más de recordarnos que *rememoramos a través de imágenes visuales o cognitivas que implican la presencia de lo ausente marcado con el sello de lo anterior, ya que la memoria vive anclada en el pasado y con el transcurrir de los años crece y se agiganta como los árboles* y de añadir, citando en este caso a Mihai Nadin, *cómo a través de ella sentimos la continuidad de nuestra propia existencia y la conciencia de la profundidad temporal, experimentamos la fuente de nuestra melancolía y a veces nuestras angustias cuando el futuro deja de ser proyecto* – la aseveración rotunda, reitero, de la historiadora de

que *el destino de la memoria se juega en la apuesta por la escritura*. Una Mercedes Vilanova que no duda en decirnos también que *la memoria personal es el único lazo con lo que fue desde un presente que se constituye en eterno pues no disponemos de otra manera de experimentar la vida*, ni en subrayarnos cómo *la memoria realiza una síntesis de lo vivido a través de un proceso que sólo concluye con la muerte y gracias al cual una persona o un grupo se aprehenden en su unidad*, en un esfuerzo de reconocimiento que nos permite la relación con nosotros mismos. Y es que escribir, y de nuevo le siso la palabra a Cabrera Infante, *no es más que una de las formas que adopta la memoria, Lo que escribo es lo que recuerdo, lo que recuerdo es lo que escribo* – ya me dirán si esto no va de espejos – y *entre ambas acciones, están las omisiones, lo que queda. Es decir, mi hueco: el espacio del tiempo recordado*.

Memoria, imágenes, tiempo, recreación de imágenes en el tiempo, heraclitiana corriente, siempre ella, siempre distinta ... Pues bien, de imágenes - sé que no haría falta que lo se lo dijera, pero recordemos que imagen, a más de “*reproducción de la figura de un objeto por la combinación de los rayos de luz que proceden de él*” es también “*representación viva y eficaz de una intuición o visión poética por medio del lenguaje*” – de imágenes, decía, se sustenta la literatura y recrear a partir de ellas es su tarea. De imágenes, no hay otra, recuperadas, en el tiempo, de y desde la memoria y expresadas por la palabra. Como dice Antonio Colinas, bien *podríamos afirmar de manera categórica que, en esencia, toda la literatura que se hace es literatura de la memoria* y difícil sería entre cuantos con más o menos acierto hemos jugado a practicarla, no estar de acuerdo con un testimonio al que con tanta facilidad – dénde si no a la tecla y méntanse en la red - podríamos añadir tantos y tantos y tantos otros. Por no nombrar al propio Lorenzo Silva que nos hablaba ayer en el proemio a la reunión, y por citar alguno más, ahí está, por ejemplo, la afirmación de Manuel Longares, cuando afirma, taxativo, que *la literatura, sin memoria, no existe* o - por añadir aún un tercero, por aquello de afirmar con el refranero que no hay dos sin tres - el de Josefina Aldecoa, que, llevando un paso más adelante la afirmación del autor de ***Sepulcro en Tarquinia***, asevera a su vez que *Escribimos siempre de memoria, de la memoria* para a seguido dejar bien patente su convicción de que *La literatura es una investigación utilizando la memoria*. Una memoria que, como se ha dicho hablando de la poesía de Juan Gelman, sería *la casa donde habitan los hombres que han vivido en el hombre* - todos los hombres que hemos sido, precisaría yo, y los que nunca fuimos pero podríamos haber sido e incluso, ¿por qué no?, los que jamás podríamos haber sido pero quizá, consciente o inconscientemente, deseamos en algún momento haber sido; y los que quizá seamos y los que no podamos en adelante ser. Una casa donde habitan los hombres que han vivido en el hombre, que le han vivido – incluido los que ha olvidado y en cuya matriz, robándole la frase a Miguel Florián *germina la palabra*. Porque efectivamente, es en ella, es a partir de la memoria, tal y como ha escrito Daniel Gustavo Teobaldo al referirse al hacer lírico de Borges, que *la Palabra del poeta se inmerge en un todo abarcador, que le ofrece el acceso a una visión diferente y diferenciadora, a través de una forma particular del conocimiento*, el conocimiento poético, el conocimiento a través y desde la poesía, desde el decir – y callar - poéticos. Una forma de conocimiento (de autoconocimiento, seguro que precisaría de inmediato Guillermo Carnero) que va a discurrir por ese juego o laberinto de espejos que quise llevar al título de esta intervención en imagen... literaria, que ya les avisé que iba a usar sin reparos, que va a dar como resultado otra forma, creada, recreada, de memoria. *Esa forma de memoria que* - en palabras de José Ángel Valente – *conocemos con el nombre de Literatura*, reflejo pues a su vez, – y seguimos de espejo a espejo y tiro porque me reflejo - ésta de aquélla, en un juego decantado, recurramos ahora a Gardener, en *experiencia de formación y transformación en una conformación actual de temporalidad específica*. O, en fin, si ustedes quieren, dando un paso más - y acercándonos ya a esa parcela, entre concreta e inconcreta, de la Literatura que es la Poesía y en la que, especialmente en nuestra época, no me digan que no, la

subjetividad es reina y señora y el propio mundo interior del poeta no digo yo que se haga casi total-explicito-de-inmediato-reconocible protagonista, pero desde luego que es tierra y mantillo de cualquier floración – dando un paso más, digo, preguntémosnos con Gerardo Diego *¿qué otra cosa es la poesía sino una biografía, esto, es, una autobiografía?*, es decir, pura carne de memoria personal. Una memoria, de la que, recordemos, apuntado quedaba hace un momento, también forma parte, el olvido, un olvido – total, parcial - que, por tanto, también afectará a la posterior recreación de la personal memoria, paso siguiente, por la imaginación y por la palabra: *la literatura*, ha dicho Kart Kohut, *navega entre la memoria y el olvido*. Un olvido que, paradójicamente, ya lo decíamos, forma parte del tapiz de imágenes de la propia memoria conformándolo y mutándolo, hermano siamés de lo recordado, antes de que, en nuevo juego de espejo frente a espejo frente a espejo (sé que me repito pero los laberintos son así, nos llevan más de una vez, de revuelta en revuelta, a encrucijadas ya antes entrevistas) la palabra, memoria a su vez – y por tanto espejo, sigamos la espiral - de la lengua y en la lengua, que ésa es otra, entre en liza, de la mano de esa nueva invitada, la imaginación – hace un rato la nombraba – para ser retada, la palabra digo, en amoroso aunque violento, absoluto y rotundo desafío a conseguirse reflejo autónomo más allá de cuanto su propio normal límite le permitiría, para intentar alcanzar, en arduo mas buscado desiderátum, la expresión de lo indecible en un fluir y refluir, remansarse o desbordarse, en perseguido nuevo intento de ahormar decisión, saber y suerte - hado, maña y fortuna en la rueda - su fe con la duda en perenne mas fértil dialéctica.

La imaginación, decía. ¿No cabría añadirla al tablero como, a fuer de interviniente, otro espejo más, si recordamos cómo, en rigor, no es sino - ahondemos en el sentido etimológico del vocablo - una representación, es decir, una nueva presentación de imágenes? La imaginación, espejo-herramienta que, reflejando a la par memoria y palabra, va a proporcionarnos una nueva imagen transformada, una imagen verbalizada – imagen de imágenes de imágenes – y con ella y desde ella va a ofrecernos una versión, la de hoy inevitablemente distinta de la de ayer, de la de mañana, apoyada en otras también siquiera de paso ya apuntadas memorias, la del idioma y la de la propia literatura, de las que nace y en la que se inserta esa palabra en cuanto palabra y en cuanto palabra poética. Y como resultado de ese adentrarnos aún más en el especular laberinto, en ese *descenso hacia los fondos de la memoria por las capas infinitas en que se va abriendo la interioridad de la palabra* que, en palabras de Miguel Morey, *constituye la operación fundamental de la poesía*, como resultado, repito, de esa profunda inmersión, y de su consecuencia, la contemplación de su abanico de imágenes reflejadas y contrarreflejadas – no olvidemos que escribimos desde la memoria, desde la atroz certidumbre imperfecta de su archivo, pero también contra ella, contra la memoria a la vez que, especular paradoja, también para la memoria - tendríamos la imagen o imágenes de una identidad y de un mundo así ya no recordados sino recreados, más, reinventados, en un quizá falaz por cuanto no estrictamente fiel - ¿sería bueno que lo fuera? - pero desde luego vaya si feraz proceso en cuanto a sus efectos. Porque, como bien ha señalado Marta Rojas Porras, *al pasado se va sólo* – hablamos del poeta - *como memoria de tránsito, como germinación del presente y magia de la meta que se construye, pues, según el final del poema*. La memoria, *como elemento constitutivo de lo imaginario*, alcanzaría así, en la realidad concreta del poema, el perseguido logro de la fructífera alianza renovada del antes y el ahora con el verbo. Una realidad – la del poema - abierta a su vez, no lo olvidemos, a las innúmeras realidades hijas a su turno de las múltiples lecturas de sus lectores - recreaciones, imágenes reflejadas en sus personales laberintos de espejos – en la que la memoria alcanzaría, como bien nos señala Luis Mateo Díez, *un grado de perpetuación que incluye lo que a la experiencia individual y colectiva del creador pertenece, lo que esa experiencia destila como alimento de la imaginación en el imprescindible encuentro de la palabra*, al tiempo que *la literatura va forjando la memoria de ella misma* - ¿seguimos o no seguimos, permítanme la publicitaria

machaconería, con la ininterrumpida cadena de imágenes productoras de imágenes, falaz por infiel, más feraz por cuanto creadora de nuevas realidades? – haciendo que uno pueda *apreciar, como ineludible herencia enriquecedora, ese patrimonio que integra la tradición a la que se pertenece, que no es otra cosa que la acumulación de las conquistas imaginarias hechas en la propia lengua, en el tiempo que nos preceden.* Tendríamos pues entre las manos, o ante los ojos, o en la atenta escucha del oído, la realidad - ya anteriormente recreada en su sináptico juego de espejos por la memoria, re-recreada ahora en los multiespejos de la imaginación y la palabra, verbal traducción de la mirada y el sentimiento, y así transmutada en la tan real irrealidad de la literatura, de la poesía, del poema, memoria del ayer vuelto futuro.

Pero demos todavía una vuelta de tuerca más aún a riesgo de perdernos a nuestra vez, entre desorientados y ojalá que fascinados – Alicia con los ojos bien abiertos presta a sorprenderse con cualquier inesperada aparición de Tararís y Tararás o Zanco Pancos, como tan acertada y divertidamente bautizara Jaime de Ojeda en su espléndida traducción a los Hermanos Tuideldum y Tuideldí y Humpty Dumpty, irrumpiendo de repente – fascinados, digo, por la sucesión de imágenes una y mil veces repetidas, en el propio juego de espejos del discurso, él también, hoy, cual avisé, voluntariamente literario y por tanto verdadero – de nuevo echo mano de Sergio Chejfec – *sólo en la medida en que establece una relación ambigua con la verdad y con lo falso.* Sí, apretémosle un poco más el tornillo al discurso y, a más de recordar cómo el poema, según Heidegger, no es sólo expresión de la palabra sino también representación (por tanto también, en gran medida, especular reflejo) echemos ahora una mirada más allá del propio acto creador, más allá de la propia producción del poema por el poeta, y enfrentémonos al hecho de la incorporación de ese poema, es decir, de su recreación, en otro espejo – aludí ya a ello hace un instante - en el espejo de su lector (fruto a su vez de sus propias personal, colectiva, lingüística y cultural memorias). O, por decirlo con palabras de Andrés G. Muglia, contemplemos el juego adicional de cómo – pongámonos ahora en el papel de simples lectores - *el autor nos presta “su” espejo, para que intentemos ver (en él) nuestro reflejo;* un reflejo nacido de la apropiación del texto por quienes, en una acción claramente comunicativa, lo leemos, en una interrelación dinámica y compleja entre quien lee, el propio texto y el contexto en que y desde el cual se produce esa lectura; un reflejo, eso sí, que sólo podremos captar y compartir en el caso de habernos - en este rasgo, en aquel recuerdo, en éste en ese otro sentimiento, impresión, escalofrío - reconocido en él, en mayor o menor medida, desde el espejo de nuestra propia personal memoria, desde el espejo de nuestra propia imaginación; desde el compartido salón de espejos de nuestra lengua y nuestra cultura, en una apropiación-recreación (reflejo de reflejos) de la imagen, de las imágenes nacidas de la memoria personal del autor y llegadas a nosotros por la palabra, base a su vez para la creación de “nuestro” propio poema, mágico acto de conocimiento y vida, sustrato ya de nuestro propio ser, que, al fin y al cabo, como en restallante frase nos lo ha señalado Adolfo Vásquez Roca, *la poesía es fundación del ser por la palabra.* Porque, no debemos olvidarlo, como decía Paul Ricoeur y nos recuerda Marie-France Begué, *el acto de leer la obra acompaña al movimiento configurador que la ha producido ya que leer es una actividad mixta. Por un lado hace que uno se identifique con la estructura de la obra, en tanto que sistema de significación autónomo respecto de su creador. Pero, por otro, la subjetividad del lector-espectador filtra el mensaje con su aporte personal, según su propio mundo. La adherencia propia del acto de leer no es entonces una dependencia total del lector respecto a la estrategia fomentada por el autor implicado, sino un juego dialéctico de apropiación y distancia que le permite al lector ensayar su libertad y edificar su mismo.* Ello aparte de que los *paradigmas recibidos, que han estructurado el mundo del lector-receptor desde su infancia y que estructuran hoy sus expectativas, son también los que lo ayudan a reconocer la regla formal o el tipo de estilo que se ejemplifica en el texto leído ... los que le ofrecen las líneas directrices o pistas para su encuentro con el texto ... los que regulan la capacidad que tiene de ser “seguido” por*

su lector, dándose así una correspondencia operativa, que se alimenta de ese espacio de familiaridad que los hace respirar la misma atmósfera cultural. Y así, el dejarse guiar por la imaginación productora que actúa en el texto desemboca en la operación también creadora del lector que se empeña en descontextualizar el sentido y recontextualizarlo nuevamente en su mundo personal.

El lector como creador, como remoldeador de las reflejadas imágenes del autor en sus propios personales o colectivos espejos... ¿Final del proceso? Probablemente no. Probablemente tanto el proceso - quizá laberinto sin salida que se muerde la propia cola, quizá banda o cinta de Moebius - como su descripción sean infinitos a más de reversibles e inabarcables, pero en algún momento debo poner, debo ir poniendo, punto final a mi espejado discurso aún a sabiendas de que podría prolongarse y ampliarse con tantos otros callejones o pasadizos - ¿qué me dicen, por ejemplo, de la metapoésía como espejo-contraspejo de la poesía? - que se me han ido quedando fuera. Pero ya dije que hora es de ir acabando el juego. Un juego que me pareció más que válido (y por eso me animé a enfrentarlo travesando su dédalo inquieto y revoltoso como el que más) para proponerlo como literaria o poética imagen - ya ven que ni al final me enmiendo - del fructífero proceso por el que la memoria (mejor, las memorias) el tiempo, la imaginación y la palabra se unen y fecundan - memoria en el tiempo - gracias a su repetido reflejar recíproco, indudablemente falaz por no exacto que pudieran decir los puritanos, pero, también, por ello - por falaz, sí, por equívoco - feraz, para producir la magia del poema, espejo de memorias, y, por él y desde él, reiniciar, renovado, tanto en el creador como en el lector, una y mil veces el proceso. Un juego, si me aplico mis propias reglas, nacido de la memoria, de mis memorias, y expresado en el huidizo espejo del tiempo, en este espejo del presente que apenas decirlo es ya pasado y vuela a ser futuro, en y con la palabra, con la palabra escrita, con la escritura que, como muy bien dijera - vuelvo a robarle cita - Guillermo Carnero qué es si no *una transacción entre la intuición y la imaginación, por una parte, y el lenguaje y el intento de coherencia por otra.*

Claro que bien pudiera ser - o por lo menos bien pudieran ustedes pensar que, después de todo, sobre todo después de tantos minutos y tanto espejo, tanta luna azogada, tanto mercurio escurridizo entre los argumentos - todo cuanto les he dicho, cuanto les he venido diciendo, quizá no sea sino un... un espejismo, puro juego en el aire, pero... pero déjenme decirles que si bien todo espejismo es, evidentemente, una ilusión óptica, siempre - siempre - la imagen que en trampantojo nos brinda tiene su origen en una verdadera realidad física. Permítanme por tanto trapichear por última - o penúltima - vez con el lenguaje y decirles que, cual escribiera Teresa Martín Taffarel en uno de sus poemas, *aunque nadie pueda afirmar / Que detrás de los espejos / Aguarden las respuestas*, en cierto sentido - ya saben, pura imagen literaria - un espejismo, ¿no sería un poco como el sueño de esa realidad originaria que, unida a la reflexión total de la luz lo provocara? Pues si me lo admiten, aprovecho de inmediato para acogerme, nueva treta - y con ella casi acabar - a otra interrogación; la que Juan Gelman dejara en el aire en su discurso de recepción del Premio Cervantes: *¿No será la palabra poética el sueño de otro sueño?...* En fin, por finalizar como comenzábamos, ¿qué tal si terminamos diciéndonos lo que Alicia, concluido su periplo al otro lado del espejo, de vuelta ya en el familiar salón le dice a su minino: *Ahora veamos, gatito. Pensemos bien quién fue el que ha soñado todo esto.* Muchísimas gracias por su atención.